

CUANDO el poeta del *Himno a Aguascalientes* escribió aquello de *Ciudad bella, hermosísima maga*, no respiraba, con toda seguridad, el nada embriagador aliento de un caimán.

En la calle de Matamoros, a unos pasos de la casa de don Carlos Azpeitia —en la cual pasábamos las tardes de los sábados, frecuentemente, mis amigos de la escuela y yo— se abría una boca de piedra que apenas levantaba medio metro del empedrado. Por dentro, estaba abovedada y el feo conducto se ensanchaba más y más conforme se descendía por una especie de rampa de tierra —que era un batidero de lodo e inmundicias en tiempo de lluvias. Esa boca era un caimán. Los había en siete u ocho calles bajo las cuales se deslizaban unas aguas pestilentes que provenían de los desechos de unas fábricas, pero sólo unos cuantos daban acceso a ese subrepticio mundo de abajo de Aguascalientes. El tufo a hediondez que vomitaban era algo muy serio y parecía increíble que por allí pudieran vivir familias acomodadas y que no su hubiera producido alguna devastadora epidemia.

Unos cientos de gentes habitaban esa profunda grieta natural que era accidente determinante en la topografía de las barriadas que atravesaba. Sus flancos los formaban las raíces de los fondos de las casas, los corrales y las huertas. Precisamente por la huerta de la casa de don Carlos se podía bajar a aquel antro de porquerías. Entre las aguas, había verdaderos bosquecillos de carrizales y juncos, y a los lados, apenas alineadas, abrían sus puertas unas sórdidas casuchas de adobe y madera, formando una calle. Allí arriba, muy alto, revoloteaban invariablemente enjambres de zopilotes. La vil cañada salía al campo, hacia el Río de los Pirules, en el que vaciaba sus pocas y malolientes aguas. Al pardear, aquello se llenaba de pepenadores, de mendigos y de todos los géneros de la peor rahez que allí tenían sus guaridas. Gente miserable, pero que, sin embargo, casi nunca requería la presencia de un policía.

Allí, abajo de las calles de Matamoros y Guerrero, unas viejas tenían escondido a Isidro. Las tales eran incondicionales de Gregorio Vela, que cada tercer día les obsequiaba las entrañas de las reses que sacrificaba en el vecino rastro. La casa tenía un pirú y una docena de residuos de botes de hojalata llenos de geranios y yedras, que la recubrían y le quitaban un buen tanto de su facha siniestra. Adentro, en dos cuartuchos de cinco por cinco metros, había hasta su confortable cama y una máquina Singer.

En la de al lado, vivían dos pepenadores, hombre y mujer, perfectamente luidos por el mal de pinto —circunstancia que los mantenía aparte del vecindario, como apestados. Más hacia el centro de la ciudad, precisamente abajo de la calle de Colón, tenía su casa el Cojo Eloy. Era el me-

CAIMÁN

Por

Mauricio

MAGDALENO

jor de toda la cañada y el caimán le quedaba junto. Aunque no se presumía nada en ella que mereciera un especial cuidado, el Cojo la hacía guardar por tamaño hombrazo de frondosas barbas que no la abandonaba nunca. El, por su parte, salía muy de mañana y regresaba muy noche. Si le llega a pasar por la sesera que allí, a unos pasos, estaba escondido Isidro, mi primo no hubiera podido contar su famosa aventura.

El general Natera se lo advirtió, un mes antes: "Póngase en contacto con estos amigos y salga volado de Aguascalientes, porque no tarda en desatarse la jicotera". Antes de que hubiera cumplido tan peligrosa misión, lo mandó aprehender el general Fierro. A todo esto, ya andaban lejos don José de la Luz y Angel. No sólo no lo aprehendieron, sino que dejó mal herido a uno de los de Fierro. Cómo y por qué el tan pusilánime don Refugio Márquez le dió asilo en su propia casa, no lo supimos sino hasta mucho después, por boca de Gregorio Vela. Resulta que el del mesón del Saucito se dejó tentar por mil pesos oro que le ofreció el fugitivo y se metió en mala hora en el ajo. La situación era tremenda para los "carranzas", como llamaban los insolentemente triunfadores villistas a los adictos de don Venustiano, y los fusilamientos se multiplicaban como hijos de pobre. Los de Fierro dieron, al cabo, con la pista de Isidro, pero el zorro de Gregorio Vela se les adelantó y lo sacó por las azoteas de un obrador. A don Refugio lo asesinaron en su cama, sin siquiera darle tiempo de encomendar su alma a Dios. A los dos o tres días, volvió Angel a Aguascalientes y Fierro lo hizo llamar y le dijo:

—Andamos buscando a su hermanito, mi mayor. Entréguelo y lo hago general.

Angel era uno de los villistas de hueso colorado y, al calor de la pasión política, hubiera podido hacer cualquier barbaridad, como tantos otros; pero el brazo derecho de Pancho Villa no sabía hasta qué punto un Redín es un Redín. El otro se demudó como si hubiera reci-

bido una bofetada en plena cara y resopló:

—Perdone, mi general, pero mis grados ¡yo me los gano en campaña!

Y se largó y Fierro tuvo que apechugar con su idiotez. El ultimátum con que se desahogó era feroz:

—A ese jijo me lo encuentran aunque haya que abrir la tierra.

La abrieron pero como quien busca agua en un páramo.

—Cincuenta mil pesos al que dé noticias de Isidro Redín a este cuartel general...

Cincuenta mil pesos de mugrosos billetes sin más garantía que la firma de un quidam cualquiera, pero de curso forzoso y, desde luego, la única moneda que circulaba en los territorios dominados por Villa. Cincuenta mil pesos eran cincuenta mil pesos y había hambre en Aguascalientes. Cada veinticuatro horas, morían de inanición algunos infelices. Familias enteras se echaban al monte a cortar verdolagas y quelites.

—Ya ando detrás de la huella de Isidro y ¡ni Dios Padre lo salva! —fanfarroneó el Cojo Eloy, echándose a husmear por mesones, fondas, changarros, burdeles.

—Anda como perro del mal— gruñó Capistrana, una noche en que el mendigo llegó borracho a la cañada y aulló como un energúmeno que tenía que encontrar a Isidro y a otros fugitivos.

Capistrana, la mayor de las dos viejas, tenía sus tamaños para meterse en honduras como ésta. De ella decía el finado Longinos Araiza, con quien hizo

vida marital por doce o trece años y la conocía como al cuero de su barriga: "Si ésta hubiera sido macho, o la cuelgan de un mezquite o llega a gobernador". Todavía estaba muy entera y el año pasado la emprendió a pie a Plateros, más allá de Fresnillo —algo así como cincuenta leguas— con el devoto fin de cumplir una manda al Santo Niño de Atocha. Era flaca, nudosa, fea, y el pelo le amarillaba de un solo lado de la cabeza, en tanto del otro lucía aún negruras de carbón. A Tula, en cambio, la intimidaba un graznido de cuervo. Su fealdad no era tan remarcada y cuando sonreía, casi, casi se le hacían hoyuelos en la cara arrugada como una pasa y adornada con cierta profusión de barba. Después de cuatro años de vivir en la cañada, aún no le perdía el miedo al mal de pinto de sus vecinos y todas las noches rezaba al bendito Niño de Plateros para que la preservara del temido contagio. El día en que llegó Isidro, en camisa y pantalones de mezclilla y con un

cargamento de bofes e hígados de res que enviaba Vela, Capistrana le advirtió terminantemente a su hermana que tenía que ponerse a la altura de las circunstancias, a fin de sacar con bien "el encargo" de don Gregorio.

"El encargo" fué instalado en el cuartucho del fondo, al que se trasladó la cama. Aquello era peor que el más sórdido calabozo y tenía la virtud de agrandar infernalmente las horas y los días. El primero que Isidro pasó allí, por poco enloquece de la desesperación. Después de todo, la integridad de la propia existencia carece de valor cuando hay que pagar por ella determinado precio. ¿No era preferible echarse a la calle y entregarse de una buena vez a los villistas? Tal vez sí, pero lo detuvieron las viejas y, como quiera que fuera, pasó una semana, y una semana de infierno o mata o curte al más desesperado. Bueno, el cuerpo —hasta el que siempre anduvo exhalando un perfume de gardenia— se acaba acostumbrando a los más espantosos olores y entre unos huesos de vaca, unos pedazos de ropas viejas y unos paquetitos de pinturas, hicieron lo demás. De las manos de Isidro empezaron a brotar, más y más logradas, unas figurillas para un Nacimiento: la Virgen, San José, el Niño, la mula, el buey, los tres Reyes Magos y, por fin, los pilares del establo.

Las noticias que traía de la calle Capistrana —todas deformadas y contradictorias según llegaban a ella a través de un

fantasioso curso de pueblo— no podían ser más desconsoladoras. Que Villa estaba en México y era dueño ya de toda la República. Que los gringos iban a intervenir otra vez en el país y ahora no se contentarían con instalarse en Veracruz, sino que muy pronto estarían mandando hasta en Aguascalientes. Que don Venustiano andaba a salto de mata por andurriales que quien sabe cómo se llaman. Que ya mataron a don Venustiano y a todos los señores de su gobierno. Que don Venustiano huyó al extranjero con todo el tesoro nacional y proclamando con su actitud: ¡sálvese el que pueda! Que el domingo habría una gran procesión para impenetrar el favor de Nuestro Amo y determinarlo a acabar con el hambre y la guerra. Que don Vicente Redín había dicho que sólo muerto lo sacarían de su tienda. Que...

—Díganle a Gregorio que me tenga listo un caballo el domingo. Voy a salir, tope en lo que topare.



Dibujos de Vicente Rojo.

Tula casi lloriqueó de verlo tan resuelto. Pese al

—Usted se queda aquí hasta que pase todo eso,

contundentemente aseverado por Capistrana, Isidro la obligó a entrevistarse con Vela. La respuesta de éste llegó dos horas después y no pudo ser más categórica:

—Dile que si no se está quieto, voy y lo amarro. Que le tenga más amor a su pellejo y no me comprometa.

Pero ya todo era inútil para aplacar el desasosiego de Redín, quien por instantes sentía que el mundo se desplomaba con su confinamiento en la horrenda cañada de las aguas pestilentes. Vela no tuvo más remedio que venir a hablar con él, dos días después del año nuevo. Por cierto que topó en el caimán con el Cojo Eloy —estaba bien crudo e iba apresuradamente a curarse en una cantina de la calle de Guerrero— y supo por su boca que el jefe militar de la plaza dictaría, de un momento a otro, orden de aprehensión contra los antiguos dirigentes del *Luz y Verdad*.

—Pero ¿todavía quedan carranclanes? —se extrañó Gregorio, y lo hizo tan bien, que el otro se tragó la comedia y lo midió con ojos abotargados y llorosos, condoliéndose de su candor.

—Las pilas, pero esos son los principales. —Eructó y con la mano derecha se contó los dedos de la izquierda—. Don Lorenzo Cervantes, don Vicente Redín, los dos Azpeitia, don José Miguel Ruiz Esparza... —Volvió a eructar y le salió

de las entrañas un tufo peor que el que despedía de las suyas el caimán—. Si ve a don Vicente, dígame que se cuide y no ande en danzas. ¡No le vayan a agarrar un dedo con la puerta!

De poco o nada le había servido a mi padre, pues, renunciar a toda visible actividad política, toda vez que seguían considerándolo entre los enemigos de la causa villista. Los rumores eran más y más alarmantes y se agolpaban unos sobre otros, como las nubes que preceden a una borrasca. Angel hizo viaje especial de Zacatecas para, caso de que fuera indispensable, avalar la conducta del de *La Antigua Chispa*, y de paso enterarse de si Isidro había logrado escapar. Vió la cosa tan fea, que vino derechamente a la tienda, resuelto a hacer entender a mi padre:

—Tienes que irte de Aguascalientes, pero ¡ya! ¿Entiendes? Y no me salgas con que nada debes, porque andan despachando al otro barrio, también, a muchos angelitos más pacíficos que tú.

Don Vicente cerraba, a la sazón, una puerta del establecimiento, y yo la otra. Lo dejó despotricar y le respondí, al cabo, con un tonito estudiadamente indiferente, al mismo tiempo que agarraba una botella de vino tinto y dos latas de salmón:

—Que paguen los vidrios rotos los que la deben. Yo soy hombre de paz y estoy dedicado exclusivamente a esto. —Lo dijo señalando, con su cargamento, el establecimiento. —

¿No dicen que el que tenga tienda que la atienda?

El otro estaba desconcertado por lo que sabía que había de picolargada en las casi monacales palabras de su tío. Subimos la crujiente escalera de madera y allá arriba sentenció la voz de mi madrina Victoria:

—¡No hay camino más seguro para caer en las espinas que pasarse de listo!

Hablaba, evidentemente, de mi padre, cuya mansueta actitud tampoco la despistaba a ella. Como respondiendo a su dicho, el de *La Antigua Chispa* informó a Angel:

—Mañana saldré a México. El jefe militar y don Bernardo Ramírez me hicieron el honor de invitarme a ir con ellos.

Los fogosos desbordamientos de Angel, si no se derritieron, si sufrieron una enérgica represión. No entendía ni papa de lo que hablaba don Vicente. Besó a mi madre en la frente y descorchó la botella y se sirvió un vaso, en espera de una más explícita explicación de lo que había ocurrido y determinaba cambio tan radical en la situación política de mi padre. Felipa sirvió la sopa aguada en medio de un general silencio. Excepción hecha del tinto y el salmón, era la comida de todos los días, la rutinaria serie de cuatro platillos que se remontaba a mis más distantes recuerdos: tras la sopa aguada (en lugar de la cual, frecuentemente, había consumé), la de arroz, en ocasiones con un huevo frito; luego, el cocido, y por fin, los frijoles. Ni café ni té ni ninguno de esos requilorios de gastro-

nomía que se acostumbraban en la mesa de los Azpeitia y en la de algunos compañeros que alguna vez me invitaron a comer en su casa. Victoria despedazaba las tortillas exactamente en cuatro partes, mismas que engullía rápidamente, acompañando a la cucharada o al bocado. Sus manos eran finas, pero de falanges abultadas, y se advertía la especial atención que le merecía el cuidado de las uñas. Se peinaba de una manera que, lejos de lenificar la dureza de su expresión, la acentuaba punto menos que férreamente: dos restirados bandós que culminaban en un pequeño chongo, y sobre la alta, varonil frente, un tubito también fuertemente restirado. Sus movimientos sincronizaban, detalle por detalle, con los de mi padre: el mismo modo de cortar la carne, idéntica forma de coger el tenedor y el cuchillo, igual la brusquedad de la dentellada. Mi madre, en cambio, comía lentamente y a pequeños bocados, como esas niñas muy educaditas que ejemplifican, en las visitas, para satisfacción de sus mamás, la buena crianza. Cuando llegábamos a los frijoles, ella iba a mitad del salmón, si no en pleno arroz. El pelo, no muy profuso ni muy castaño, le caía en una cascada a media espalda, y exactamente sobre la nuca, lo sujetaba un broche de carey. Felipa sirvió, por último, el postre: unos dulces de biznaga y calabazate de los que vendía en la otra esquina un viejo de Calvillo; y un humeante y oloroso té de azahar para mi madrina. Lo in-

gería dos veces al día "para los nervios", según su propia explicación que ya nos sabíamos de memoria.

—Si crees que les tomaste el pelo a los villistas, estás muy equivocado.

Fueron sus primeras, solemnes palabras, dirigidas a su hermano. Angel asintió débilmente, más con los puros ojos que con la cabeza, y el bocado que aprehendía con el tenedor mi madre cayó nuevamente al plato. En el vecino mesón del Sautico aullaba, de cuando en cuando, un perro. La madera de un balcón crujió, castigada por el sol de la una y media. Se lo sentía llamear tras los muros y sobre el techo, y entraba convertido en una suerte de inhalación pesada, letárgica. Un grito, a lo lejos —tal vez hacia la calle de las Animas— se espació largamente, desdibujado, pesado, letárgico como si emanara de la fuerza de la resolana: "¡Aguamiel!" Hubiera seguido prolongándose, no sé si por sí o por el eco, si no pasa en ese instante un carretón que cimbró toda la casa e hizo inaudible lo que decía Victoria.

—... a ver cómo te comprometen. Ten cuidado y no te vaya a salir el tiro por la culata.

Nada, que fué don Bernardo en persona el que propuso a su antiguo correligionario del *Luz y Verdad*: "Le voy a dar una oportunidad de que pruebe al gobierno que no es usted carranclán. El jueves saldremos a México el jefe militar y yo. Véngase con nosotros y convenza de su error a don José de la Luz. Usted y él siempre han jalado por el mismo camino. Dicen que anda muy desencantado con la gente de Eulalio Gutiérrez y que si le habla alguien de los suyos (usted es el más indicado) volverá al redil". Mi padre hizo sus cálculos y pesó la gravedad de su propia situación y aceptó. Eso era todo.

—Voy a demostrarles que...

El perro del mesón de al lado volvió a aullar. Un lúgubre aullido que paró en seco algo que iba a demostrar don Vicente Redín a sus enemigos y se nos metió en los huesos. Un aullido de muerte. ¿No aseguran que los canes la sienten llegar? O tal vez olisqueara la de don Refugio Márquez, que fué bárbaramente asesinado hacía quince días y cuya terrena sustancia quizás flotaría en el mesón. Angel pronunció, secamente —y se me figuró que relacionado de algún modo con ese grito macabro de perro:

—De Isidro ¡ni la menor huella!

Mi madre se agitó toda —ya iba a mitad del cocido— y repitió, bajito y levantando apenas unos ojos acongojados:

—Ni la menor huella... — Luego, se dolió, retirando el plato que tenía ante sí y con la voz empañada de llanto—: ¡Cuándo querrá Dios que se acabe todo esto!

—Ya acabará, ya acabará. ¡No seas tonta! —trató de hacerla reaccionar mi padre, a la vez que ella parpadeaba, visiblemente alterada.

Victoria se quedó con el terroncito de azúcar en la mano, a unas pulgadas de su té. El nuevo aullido nos sobrecogió a todos y borroneó imperiosamente cualquier otra razón de hablar. Como algo que hiciera desaparecer de golpe la comprometida situación de mi padre, la misteriosa desaparición de Isidro, la angustia de tantas

la cabeza, en la que el resol se descomponía en una nubecita como de humo de cigarro:

—Ayer murió una comadre de Felipa.

—Mi comadre Tulita, la de abajo del caimán. La entierran a las cuatro.

Mi padre se volvió y miró hacia la cómoda. Se levantó y arregló el despertador de manera que cumpliera su repiqueteante cometido a las cuatro de la mañana del día siguiente. Faltaban, exactamente, trece horas y media y, a mayor abundamiento, todos los días se levantaba a las cuatro, como los lecheros, sin necesidad de que nada ni nadie lo despertaran; pero así era de nervioso y de apurón. Con toda seguridad, a



cosas. El horrendo grito, articulado en un diapasón agudísimo, duró algo más de un minuto. Mi madrina estaba calada de calosfríos. Se llevó el terroncito de azúcar a la boca y lo mordió. Tras otro minuto de silencio, el can volvió a aullar y ella a morder el terroncito. Felipa la miraba, la miraba, con los ojillos grises nadándole entre tantas arrugas y un alto de platos en las manos.

—También en mi tierra dicen que cuando el perro aulla así, hay que morder un pedacito de azúcar para ahuyentar a la muerte. Pero no se preocupe, niña Victoria. Ya la muerte se llevó a su difunto.

Mi madre explicó, en tanto la vieja meneaba inexpressivamente

las cuatro de la tarde, ya ha de haber tenido empacada su ropa en las dos viejas maletas que compró en México hacía algo más de cuatro años, cuando las fiestas del Centenario. A las cuatro en punto, también —las proclamó solemnemente el familiar reloj de San José— el nuevo director de la escuela, un tonante, chaparrón, sanguíneo don Epifanio Aguilar, entró en nuestro salón, acompañado por la nueva maestra, a quien nos presentó y dió posesión del puesto.

—... por sus virtudes, su talento y su experiencia, auguro el más franco éxito y la más...

A las cuatro en punto, la evaporación de las malolientes aguas de la cañada de abajo de

los caimanes alcanzaba su más copiosa densidad. Una nata impalpable, pero que se podía cortar con un cuchillo, de tan espesa, flotaba sobre los carrizos y los juncos. Donde esa nata cobraba proporciones de cirro, allá hacia la salida al Río de los Pirules, unos vecinos se descubrieron al paso del fúnebre cortejo y las viejas se persiguieron. Cuatro gañanes del rastro llevaban en hombros el negro ataúd de ocote. El séquito se componía de tres dolientes: Capistrana, Gregorio Vela y la apestada mujer del mal de pinto, que cargaba en los brazos un frondoso ramo de tulipanes y belenes. No iban, notoriamente, hacia los cementerios de la ciudad, sino hacia el pequeño y polvoso de La Ladrillera, un suburbio ribereño de miserables hornos de adobe. La cañada caía a un vallecito de nopales, agrietado por dos cauces resecos de arroyos. Allí esperaba un carretón de dos mulas, en cuyo pescante fumaba un cigarro de hoja un viejo que se descubrió, a su vez, respetuosamente, al mismo tiempo que brincaba para ayudar a embarcar el féretro. El entierro, por lo visto, no se efectuaría, tampoco, en La Ladrillera, que estaba ahí a un paso y para llegar a cuyo cementerio no había necesidad de otro medio de tracción que los propios pies. La del mal de pinto entregó las flores a Capistrana y se limpió el sudor con la punta del raído chal, diciéndole, en un tonito tan bajo que pareció ajeno a la realidad de la tarde soleada:

—La voy a echar mucho de menos cuando se vaya a San Ignacio, vecinita...

Una vocesita opaca y como lúida, también, por algún mal de pinto. La mujer se volvió otra vez hacia la cañada y Gregorio ayudó a Capistrana a subir al pescante. El viejo echó a caminar el carretón y se agrandó a su paso una nube de tierra. En medio de la nube, el hombre que iba sentado al lado del ataúd proclamó:

—Mañana, antes de amanecer, van por Tula y la sacan entre los bultos. —Rió y el sol refulgió en las dos piezas orificadas de su dentadura. Luego, agregó, prolongando todavía la risa en el humor de la voz y palmoteando un costado del cajón:— Vas a tener que aguantarte así hasta San Ignacio. ¡Vale que para el domingo ya estarás en Guadalajara dándole vuelo a la hilacha!

—Con el favor de Dios —salmodió, casi recriminatoria, la vieja del pescante.

—Con el favor de Dios —repitió Gregorio, a la vez que allá dentro del ataúd cobró expresión un impaciente gruñido.